

Edgar Allan Poe

*Los crímenes
de la calle
Morgue*

Y OTROS CUENTOS POLICIALES

longseller
ESENCIALES

Índice

Prólogo	5
Los crímenes de la calle Morgue	11
El misterio de Marie Rogêt	52
La carta robada	106

Prólogo

Los tres cuentos que componen este volumen: “Los crímenes de la calle Morgue”, “El misterio de Marie Rogêt” y “La carta robada” son los relatos que dan inicio a la historia del género policial y fueron escritos por el autor estadounidense Edgar Allan Poe.

“Los crímenes de la calle Morgue” es el primero de este tipo de cuentos y funda las reglas del relato de enigma: el detective debe descubrir al culpable a través del razonamiento puro y el análisis objetivo de todos los indicios. En este cuento se plantea un crimen que ha sido cometido en una habitación cerrada por dentro y de donde parece imposible salir, sin embargo el delincuente ha desaparecido sin dejar huella. Esta historia inaugura uno de los temas favoritos del relato policial como es el caso del *cuarto cerrado*.

“El misterio de Marie Rogêt” demuestra cómo la lectura atenta y la crítica inteligente de las noticias periodísticas resultan ser la clave para resolver un complicado enigma; este relato incluye las noticias de los diarios como si fueran un mapa de la realidad que es preciso descifrar con inteligencia.

En “La carta robada” aparece el caso de lo evidente que no se ve, otro de los temas recurrentes en la narrativa detectivesca: la prueba del delito está a la vista de todos pero solo el analítico e imaginativo detective Dupin es quien sabe mirarla.

Poe inicia “Los crímenes de la calle Morgue” realizando una extensa reflexión en la que diferencia a los hombres ingeniosos de los hombres analíticos, y establece que es mucho más ventajoso ser imaginativo y analítico que fantasioso e inteligente. Esta teoría es un soporte que va a

fortalecer y destacar al personaje que es el eje de sus historias, el implacable investigador Dupin.

Auguste Dupin, el detective de estos tres cuentos, es la primera personificación del investigador privado en la historia de la literatura. Es él quien tratará de encontrar las pistas para resolver los misteriosos enigmas y para esto realizará un intenso análisis de la información con que cuenta, datos que irá recopilando mientras recorre las calles de París, visitando a los sospechosos o leyendo cuidadosamente los diarios en su casa.

Por todas estas razones se considera a Poe como el padre del género policial de enigma. Todo relato de este género se caracteriza por presentar una investigación metódica y racional de un hecho delictivo, llevada a cabo por un detective con excepcionales aptitudes de análisis.

El relato policial

En las historias detectivescas, el interés reside en la construcción lógica; la trama se construye siempre sobre la figura de un detective, que con una lógica imbatible resuelve los casos a partir de una secuencia de hipótesis y deducciones.

Estas historias proponen un enigma que solo es posible resolver recurriendo a un disciplinado encadenamiento de los indicios presentados a lo largo de la narración. Por eso es muy importante que todo esté cuidadosamente relacionado, ensamblado y ordenado con sistemático rigor.

Los relatos de detectives plantean al lector un misterio en cuya resolución debe o puede participar y, simultáneamente, le crean un suspenso que hace apasionante su lectura. Finalmente los sucesos se explican siempre de manera racional y lo fantástico queda necesariamente excluido.

Poe respeta una regla fundamental: la observación precisa de los hechos materiales y psicológicos debe conducir al ejercicio de un riguroso método de razonamiento, de modo que la solución emerja de una operación analítica y no de la simple adivinación.

Con respecto a la estructura de este tipo de relatos, un especialista en teoría literaria llamado Tzvetan Todorov publicó un trabajo en el que propone el siguiente enfoque:

En la base de la novela de enigma encontramos una dualidad que va a guiarnos en su descripción. Esta novela no contiene una historia sino dos: la historia del crimen y la historia de la investigación. En su forma más pura, estas dos historias no tienen ningún punto en común...

La primera historia, la del crimen, ha concluido antes de que comience la segunda. Pero, ¿qué ocurre con la segunda? Poca cosa. Los personajes de esta segunda historia, la historia de la investigación, no actúan, aprenden. Nada puede ocurrirles; una regla del género postula la inmunidad del detective...

Podemos caracterizar esas dos historias, además, diciendo que la primera, la del crimen, cuenta 'lo que efectivamente ocurrió', en tanto que la segunda, la de la investigación, explica 'cómo el lector (o el narrador) toma conocimiento de los hechos'.

(Todorov, Tzvetan, "Tipología de la novela policial", Fausto, III: 4, Buenos Aires, marzo-abril 1974.)

Otra característica propia del relato policial es que va "*hacia atrás*", del efecto a la causa; se parte del delito ya consumado y se hace un recorrido de hipótesis y deducciones que se apoyan en la causa posible de los hechos.

El autor inventó al detective como un ser extravagante, porque consideraba que debía ser diferente al común de la gente y debía reunir las cualidades del matemático y del poeta, es decir ser sobre todo analítico e imaginativo. Los detectives protagonistas de los relatos de enigma son personajes que han recibido una buena educación, son de origen en general aristocrático y realizan las investigaciones por el placer que les da la resolución de los enigmas. Suelen ser pedantes e infalibles y nada escapa a sus cálculos, ya que todos sus pensamientos tienen una base científica o racional.

Pero Poe entendió que no podía ser el propio detective quien contara la historia de la investigación, ya que el desarrollo completo de todos los razonamientos haría muy aburrida la narración. Además era importante ir dándole las pistas al lector, sin llegar a la solución, para hacer más inte-

resante la lectura. Por este motivo crea la figura del ayudante, con quien el detective conversa en forma permanente haciéndole conocer el desarrollo de la investigación

El ayudante es también quien cuenta los casos que el detective resuelve. De este modo cumple dos funciones: es un receptor privilegiado que justifica que el detective vaya contando en voz alta los hechos y cada una de sus deducciones y, a su vez, es el narrador de la historia que llega a los lectores. Siempre admira al detective y resalta su capacidad de manejar a la perfección el método lógico-deductivo, lo que le permite resolver cualquier clase de misterio.

De este modo el investigador exhibe a lo largo del relato todas las claves, pero se reserva siempre un as en la manga para interpretarlas: él cuenta con algún conocimiento, en general de tipo científico, que la mayoría de los lectores no poseen y que resulta clave para el desciframiento del enigma.

El autor y su obra

Alguna vez Borges dijo: "Podría decirse que hay dos hombres sin los cuales la literatura actual no sería lo que es; esos dos hombres son americanos y del siglo pasado: Walt Whitman y Edgar Allan Poe".

Edgar Allan Poe nació en Boston en 1809. A los tres años quedó huérfano y fue adoptado por Frances y John Allan, una rica familia de Virginia, en el sur de los Estados Unidos. Durante su infancia recibió una educación inteligente y esmerada.

Se sabe que fue un alumno sobresaliente, hablaba y traducía fluidamente el latín y el griego; le gustaba mucho leer y leía sobre historia, matemática, astronomía y, naturalmente, literatura. Además le gustaban los ejercicios físicos y poseía una gran destreza. También tenía una gran sensibilidad.

Su breve paso por la Universidad le va a marcar nuevos y desventurados rumbos. Era típico en esa época que los jóvenes universitarios de clase social alta dedicaran mucho tiempo al juego por dinero y al alcohol. Poe no fue la excepción y esa costumbre lo va a alejar de su padre adoptivo, quien no aceptó de ninguna manera esa forma de vida y mucho menos pa-

gar sus deudas de juego. Por estas razones Edgar se vio obligado a salir a ganarse la vida por sus propios medios. El profundo desencuentro con su padre adoptivo ya no va a tener vuelta atrás, no sólo no le pasó más dinero, sino que nunca apoyó ni aceptó su vocación literaria.

Poe probó suerte en el Ejército, y luego de un período no tan breve como el universitario, se dio cuenta de que no estaba hecho para ser soldado y abandonó el mundo militar.

Fue durante esa época que se acercó a su familia biológica y se mudó a vivir con su tía y sus primos, en medio de una pobreza desconocida para él hasta ese momento. Se dedicó entonces a lo único que sabía hacer bien: escribir. Se lanzó a establecer contactos con editores y directores de revistas y empezó así, a los 18 años, su destacada y brillante carrera literaria.

A lo largo de su vida de escritor profesional sobraron los altibajos; su talento siempre fue reconocido por los editores de revistas y por los lectores, pero le pagaban poco y llevaba una vida llena de penurias económicas. A pesar de que algunos de sus cuentos, como "Manuscrito hallado en una botella", ganaron concursos y él fue reconocido por el circuito literario de su época, no lograba salir de la pobreza.

A los 25 años se casó con su prima Virginia, quien junto con la madre, tía de Edgar, fueron un fuerte sostén emocional y un seguro refugio durante toda la vida del escritor. En ese mismo año apareció en forma de folletín, el relato llamado "Las aventuras de Arthur Gordon Pym", que fue muy bien recibido en Inglaterra.

Durante este período escribió para revistas literarias, se mudó varias veces de ciudad, tuvo algunas recaídas con el alcohol y su fama de agudo crítico literario se afianzó cada vez más. Su producción literaria atravesaba el mejor momento: fue cuando escribió algunos de sus cuentos más extraordinarios como: "La caída de la casa Usher", "Los crímenes de la calle Morgue", "El corazón delator" y su famoso poema "El cuervo".

Esta etapa creativa se interrumpió trágicamente con la enfermedad de su mujer. Para Poe fue la más horrible tragedia de su vida; desesperado, volvió a sumirse en el alcohol y a perder el dominio sobre sí mismo. Des-

pués de la muerte de Virginia y de dos penosos años en los que igual siguió escribiendo, murió en Baltimore en 1849.

Más allá de si su vida estuvo marcada por la desventura, la neurosis o la melancolía, fue el talentoso creador de lo que hoy conocemos como cuento moderno y quien estableció sus reglas fundacionales. Consideraba que todo cuento es una construcción lógica, una especie de composición o mecanismo de relojería, en el que se cuentan historias intrigantes y que debe funcionar con exactitud. El cuento, según estas reglas, debe ser breve, impactante por su tema y su atmósfera oscura, intenso por el orden o el modo en que se cuenta la historia y debe provocar un fuerte efecto en el final.

Además fue el autor que puso por primera vez en palabras miedos y temas que, aunque actualmente resultan habituales, no lo eran en su época. Se sumergió en el terreno de la pesadilla, lo macabro, lo espeluznante, lo desconocido, lo patológico y lo misterioso, e introdujo al lector en esos mundos inquietantes.

Finalmente, debe destacarse también el lugar que le da a la ciencia en varios de sus relatos. En aquella época, mediados del siglo XIX, las ciencias exactas y naturales comenzaron a tener un gran desarrollo que continuó ininterrumpidamente hasta llegar a ocupar el lugar de importancia que hoy tienen, y Poe parece haberse dado cuenta de ello: la incluyó en muchos de sus cuentos como un elemento fundamental para la historia que estaba narrando.

Por lo tanto, es justo reconocer a Edgar Allan Poe como el padre del cuento moderno, de la literatura de terror, de los relatos policiales y de la ciencia ficción. No es poco lo que los lectores debemos agradecerle.

Los crímenes de la calle Morgue

Las condiciones mentales que suelen considerarse como analíticas son en sí mismas poco susceptibles de análisis. Las apreciamos tan sólo por sus efectos. De ellas sabemos, entre otras cosas, que son siempre, para el que las posee en grado extraordinario, una fuente de verdadera satisfacción. Del mismo modo que el hombre fuerte disfruta con su habilidad física, deleitándose en ciertos ejercicios que ponen sus músculos en acción, el analista goza con esa actividad intelectual que se ejerce en el hecho de *desentrañar*. Disfruta hasta de las más triviales ocupaciones que ponen en juego su talento. Se desvive por los enigmas, acertijos y jeroglíficos, y en cada una de las soluciones muestra un sentido de agudeza que al común de la gente le parece sobrenatural. Los resultados, obtenidos por un método en su forma más esencial y profunda, adquieren realmente toda la apariencia de una intuición.

Esta facultad de resolución está posiblemente muy fortalecida por los estudios matemáticos, y especialmente por esa importantísima rama de ellos que, impropriamente y sólo teniendo en cuenta sus operaciones previas, ha sido llamada análisis *par excellence*. Sin embargo, calcular no es intrínsecamente analizar. Un jugador de ajedrez, por ejemplo, lleva a cabo lo primero sin esforzarse en lo segundo. De esto se deduce que el juego de ajedrez, en sus efectos sobre la naturaleza de la inteligencia, no está lo suficientemente comprendido. Yo no voy ahora a escribir un tratado, sino que me limito a prologar únicamente un relato muy singular, con observaciones efectuadas a la ligera. Aprovecharé, por lo tanto, esta oca-

sión para asegurar que las facultades más importantes de la inteligencia reflexiva alcanzan un mayor grado, en forma más intensa y beneficiosa, en el sencillo juego de damas que en toda esa estudiada frivolidad del ajedrez. En este último, donde las piezas tienen movimientos distintos y particulares, con diversos y variables valores, lo que tan sólo es complicado, se toma equivocadamente —error muy común— por profundo. Aquí se trata, sobre todo de atención. Si ésta flaquea un solo instante, se comete un descuido y el resultado es una pérdida o la derrota. Como los movimientos posibles no son solamente variados, sino complejos, las posibilidades de estos descuidos se multiplican; en nueve casos de cada diez triunfa el jugador más capaz de concentración y no el más perspicaz. En el juego de damas, por el contrario, donde los movimientos son únicos y de muy poca variación, las posibilidades de descuido son menores, y como la atención queda relativamente distraída, las ventajas que consigue cada una de las partes se logran por una perspicacia superior. Para ser menos abstractos, supongamos, por ejemplo, un juego de damas cuyas piezas se han reducido a cuatro reinas y donde no es posible el descuido. Evidentemente, en este caso la victoria —hallándose los jugadores en igualdad de condiciones— puede decidirse en virtud de un movimiento sutil, resultante de un esfuerzo de la inteligencia. Privado de los recursos ordinarios, el analista consigue penetrar en el espíritu de su contrario; por lo tanto, se identifica con él y a menudo descubre de un vistazo el único medio —a veces, absurdamente sencillo— que puede inducirle a error o llevarlo a un cálculo equivocado.

Desde hace largo tiempo se conoce el *whist*¹ por su influencia sobre la facultad del cálculo, y hombres de gran inteligencia se han complacido en él de un modo aparentemente inexplicable, mientras abandonaban el ajedrez por frívolo. No hay duda de que no existe ningún juego que haga trabajar tanto la facultad analítica. El mejor jugador de ajedrez del mundo puede ser sólo el mejor ajedrecista; pero la habilidad en el *whist* implica ya capacidad para el triunfo en todas las demás importantes empresas en

1 El *whist* es un juego de naipes.

Las páginas 13 en adelante
no están disponibles